

Se publica todos los domingos
al precio de una peseta el trimestre.
Pago anticipado.
Número suelto 10 céntimos.

EL PUEBLO

La correspondencia y canje
al Director de este periódico, tanto para
asuntos de redacción
como de administración.

PERIÓDICO REPUBLICANO DEMOCRÁTICO

Recuerdos de Florencia

(Artículo tercero y último)

La enfermedad última de Lorenzo de Médicis vino a demostrar una vez más cómo toda tiranía se resuelve al cabo en podredumbre y cómo la dominación espiritual del mundo queda siempre a las ideas puramente creídas y a las grandes virtudes con desinterés y abnegación practicadas. Un mal terrible roía las entrañas de Lorenzo el Magnífico, y lo empujaba con empuje acelerado a sus últimos y supremos instantes. Deseoso de contrastar la enfermedad y de tener algún respiro, habíase refugiado a la quinta de Careggi, fresca y risueña, bajo cuyas sombrías alamedas discurrían en no lejanos meses los artistas rebosando inspiraciones y los filósofos rebosando pensamientos. A pesar de morir en el pleno goce de su autoridad y de su poder; como la muerte siempre aparece triste, acompañábanle bien pocas personas en aquel último trance de su gloriosa vida. Entre estas se encontraba el poeta Angel Policiano, que no quería separarse de su protector y de su amigo, al cual lloraba con abundantes lágrimas y amargos sollozos, cada vez que recogía una de esas miradas, en las cuales se retrata, como en los arreboles de la tarde, la despedida del día, el adiós último de un triste moribundo. Iba también a verle aquél, que podía llamarse su hijo espiritual, su predilecto Marcillo Ticino, quien, a su vez, con grandísima elocuencia le hablaba del alma y de sus relaciones con el espíritu universal, y le decía como esta alma bajaba de los cielos, cual una alondra misteriosa, para tener en la tierra su nido y tornar cantando y alesteando a su celeste origen. Si, en aquella pura elocuencia de Marcillo; en aquella riqueza de ideas debida indudablemente al comercio con los inmortales maestros de la antigüedad evocados a sus conjuros, debía encontrar Lorenzo muchos consuelos, sobre todo, cuando le hablaba del origen celeste y del destino sobrenatural del alma humana, centella que viene de Dios, pasa brillando fugazmente por nuestra inferior atmósfera, y vuelve a Dios en sus sublimes y eternas parábolas. Pero no bastaban tales ideas a quien debía presentarse pronto en el último juicio, y soportaba sobre su corazón y sobre su conciencia el peso insostenible de tantas y tan abrumadoras grandezas, cuya manía, en toda su desnudez aparecida a estas horas angustiosas, no quitaban un ápice a la tremenda responsabilidad de quien las había sentido y gustado. El oro de los Médicis, con ser tanto, no pudo sobornar al destino, quien tenía en sus inescrutables designios decretada inapelablemente aquella muerte. Los médicos más famosos de Italia, fueron a la sazón, y con este motivo consultados. El más célebre, Lazzaro, inventó un brebaje compuesto de piedras preciosas, que no pudo conjurar ni disminuir siquiera la terrible enfermedad. Sentía

tristemente aproximarse la muerte, y no acertaba con quien pudiera en esta hora crítica y solemne ni ayudarle a bien morir ni esclarecerle en el examen de conciencia. Las rodillas más inflexibles habían flaqueado en su presencia y las cabezas más orgullosas y más erguidas habíanse inclinado al peso de su prestigio como las flores al calor del sol. Nadie, ni en la iglesia misma, en ese asilo de la verdad, podía decirle todo cuanto necesitaba saber para congraciarse con Dios y con la Historia. Un sacerdote le había ingenuamente absuelto; pero Lorenzo dudaba si tal absolución había sido arrancada por el arrepentimiento del pecador o por la autoridad del príncipe. Tomó la comunión última con transportes de verdadera fe y con muestras de profunda pena; pero ni siquiera la íntima persuasión de haber recibido el cuerpo y la sangre de Cristo aquietaba los latidos de su corazón desgarrado y las voces de su clamorosa conciencia. La humillación general, que tanto le sirviera en vida, le deservía y le apenaba en muerte. Había menester de la verdad y de la franqueza quien por su oficio se hallaba rodeado de la adulación y de la mentira.

Entonces se acordó profundamente de aquel, cuyas rodillas jamás habían flaqueado en su presencia; de aquel, cuya frente jamás había ceñido sus favores; de aquel, que se negaba por completo a verle cuando corrían todos a buscarle para disputarse sus mercedes; de aquel, que en el silencio universal y en la universal servidumbre había sabido argüirle, conminarle, ponerle frente a frente de sus arbitrariedades y sus tiranías el ideal de la virtud y la religión del derecho. Se acordó, pues, de Savonarola, y pidió con grandes instancias que le llamaran y que le dijeran cuanto y cómo necesitaba de su auxilio para prepararse al último juicio y aperebirse a la inapelable sentencia. La severidad del monje, que a veces rayaba en dureza, resistiase con verdadera repugnancia, sintiéndose enemiga del tirano, a verle y hablarle. Conocía que apelaba a él, cuando para ninguna cosa podía servirle ya en la tierra. Si algo podía hacer Savonarola, era desempeñar el papel de intercesor entre los pecados de aquel hombre y la justicia del Cielo; y repugnábale con grande repugnancia aminorar los justos é inevitables castigos: que a tal extremo llevaba su horror a la tiranía y al tirano. Pero los hermanos en religión le observaron cuan impropio parecía de su ministerio religioso este duro sentir y le obligaron presentarse en la morada del moribundo. Salió Savonarola de Florencia más recogido en sí mismo que nunca y más determinado a demostrar toda la energía de su carácter en presencia de aquel tirano herido ya por la justicia de Dios, cuya revelación comenzaba en los remordimientos y en los dolores de aquella angustiosísima agonía.

En el punto y hora, en que el monje se decidió a ver al dictador, sentíase este mucho más aliviado, y hasta cierto punto mucho más alegre. Había depar-

tado con los compañeros y colegas de sus trabajos literarios y encontrado en los recuerdos de su edad y en la contemplación de los ideales artísticos y científicos algún beneficioso consuelo. Pico de la Mirándula acababa de hablarle mostrándole con la versatilidad propia de su ingenio y con la abundancia inagotable de su palabra, desde los secretos del alma hasta los secretos del Cielo, como si estuviera él en tranquila Academia y Lorenzo en plena robustez y juventud. Lorenzo, que acababa de recibir a su hijo Pedro, heredero de su poder y de su gloria, y que, al recibirle, acababa de buscar las últimas pavesas de su conciencia y de su entendimiento para darle toda suerte de sabios consejos, sentía agotadas sus fuerzas en aquella empresa, y encontraba un poco de regocijo, de calma en las disertaciones de Pico de la Mirándula y en los diálogos y coloquios con su inagotable fantasía. En tal estado de ánimo le anunciaron la visita de Jerónimo Savonarola, é inmediatamente mandó que le recibieran y que le llevaran hasta el borde mismo de su lecho. Atravesó el monje, vestido de su tosco sayal, cubierto con su espesa y sombría capucha, calzado con sus pobres sandalias de peregrino, metidas ambas manos en las mangas, inclinada la cabeza sobre el pecho, los ojos casi apagados por el centelleo tempestuoso de las ideas, la voz casi anudada en la garganta por el poder de la emoción, trémulo al sacudimiento eléctrico de sus sublimes pasiones, aquellas estancias atestadas de objetos artísticos, cuya increíble acumulación venía como a demostrar que hasta las artes, hasta esas hijas predilectas del Cielo, se degradaban bajo la tiranía y se prostituían y entregaban al vicioso poder y a la caprichosa voluntariedad de los tiranos. Pero, al verse en presencia de un moribundo, al sentir cómo la muerte lo envuelve todo en sus misterios, al considerar extendida una guadaña sobre aquella cabeza y abierto el abismo de la eternidad bajo aquellas plantas, Savonarola sintió respeto y consideración y bajó por vez primera la frente a la agonía, cuando jamás quisiera bajarla en otro tiempo a la fortuna y al poder. Tres grandes pecados tenía que confesar, Médicis, tres pecados, de los cuales necesitaba remisión para morir en paz. Savonarola entonces, le habló con más elocuencia que en ninguna otra ocasión de Dios y de sus atributos, y le hizo comprender que, entre estos, el más propio de la bondad divina y el más propio para la flaqueza humana, era el atributo de su misericordia. Confortado con tales reflexiones, en cuyo fondo latía mucha piedad y mucha clemencia, declaró Lorenzo de Médicis los tres pecados, que más apenaban sus últimos atribulados momentos, y que más argüían su mordida conciencia.

Eran estos la acaparación del Monte de Piedad para las doncellas que arruinara a tantas florentinas: la venganza de la conjuración de los Pazzis que vertiera tanta sangre; el saco de Volterra que causara a esta ciudad innumerables

daños. No puede describirse la agitación que, en este instante, sobrecogiera a Lorenzo de Médicis. Sobrepuestos los nervios por la consiguiente debilidad y flaqueza de sus fuerzas; enardecida la sangre por el calor y sobreexcitación de su fiebre; ardientes los ojos con las visiones apocalípticas de la postrer agonía; pasaron en procesión terrible las huérfanas a quienes su codicia empobreciera; los obispos y caballeros a quienes su crueldad colgara, las ciudades violadas, consumidas en parte por el incendio y en parte pasadas a cuchillo por sus deseos de dominación y por su soberbio poderío. Las lágrimas, que caían de los ojos enrojecidos, tornábanse ríos de plomo hirviente en que se anegaba su cuerpo; los gritos de los moribundos taladraban con terribles taladros sus sienes febriles; los crímenes, con que asegura el poder y venciera la libertad, se enroscaban por sus miembros. Todos los infiernos de todas las religiones y todos los demonios de todas las teogonías se aglomeraron de tal suerte en aquel supremo remordimiento que lo desgarraban con furor y le producían como una incesante convulsión, hasta el extremo de parecer aquella la última hora de su vida y la primera de su castigo. Confortóle Savonarola, volviéndole a recordar la misericordia divina con grande unción, para decirle también con verdadera severidad que necesitaba obligarla por tres holocaustos. Abrió el desgraciado sus oídos, después de haber preguntado cuales eran estos tres holocaustos. Al tener que contestar, la figura de Savonarola se agrandó, fulguraron sus ojos, extendiéronse sobre la frente del moribundo sus manos, y echada la cabeza atrás y trémulos sus miembros, agigantábase y confundíase casi con la grandeza de las palabras que, en aquellos supremos momentos, iba solemnemente a pronunciar. Lorenzo le miraba con extrañeza y con angustia: y no sabía si estaba delante de la divina misericordia ó de la divina justicia; pero sí sabía que estaba delante de algo misterioso y sublime. «Precisa, exclamaba Savonarola, una confianza completa en la misericordia de Dios.» Y Lorenzo le aseguraba con afirmaciones acentuadas y movimientos de cabeza continuos que su confianza en Dios era absoluta. La fe mayor le sostenía en aquel trance, y le auxiliaba con fortísimo auxilio en su muerte, y aprovechando estas palabras para ponerlas a prueba y tocar por experiencia su veracidad, díjole Savonarola que precisaba restituir a los pobres todo aquello de que les hubiera despojado.

A pesar de encontrarse Lorenzo en el momento supremo de la completa desnudez, sintió que tal palabra le atravesaba el corazón; y privado de habla por la fuerza misma del dolor que le obscurecía los ojos y le trababa la lengua, manifestó su asentimiento con una expresiva inclinación de cabeza y apuró hasta las heces el cáliz de la amargura. Después de esto Savonarola tomó, si cabía, mayor solemnidad aún. Su aspecto era en aquel momento tan severo,

que el pobre moribundo debía ver en su rostro las señales del último inapelable juicio. En efecto, arrugábase su frente como si la surcase una idea sobrenatural; relampagueaban sus ojos como si obedeciesen á una tempestad interior; aspiraban sus narices entreabiertas como un aire celeste, y sus labios vibraban cual si no pudiesen contener el verbo divino que los llenaba; porque había visto en presencia de aquella especie de monarca que no hay cosa tan corruptora de los pueblos y tan perversa en sí misma como la tiranía, capaz de extinguir las inspiraciones del genio en la ciudad de los milagros; y clamó, con clamor que se diría bajado de las alturas, éstas sublimes palabras: «Devolved la libertad á Florencia.» En pocas ocasiones se mostrara tanto la belleza de su ánimo y la claridad de su vista interior como en esta ocasión suprema. El sacrificio más acepto á los ojos de Dios, el bien mayor que podía hacerse á los hombres, la obra suprema de un estadista, la redención de toda una vida es romper cadenas, manumitar esclavos, emancipar almas oprimidas, devolver al hombre sus derechos, entregar á los pueblos su soberanía, hacer que la humanidad recobre los timbres de su divino origen y se acerque al ideal culto en los inmensos cielos. Si Lorenzo de Médicis fuera digno de una gloria purísima, reservada en el mundo á los que no han oprimido jamás, hubiera llamado á su hijo para decirle que aquel poder hereditario, semimonárquico, no bien conocido en sus límites, no bien probado en la experiencia, grande, no en tiempo de Cosme, pero expuesto en manos de sus sucesores á una disminución y á una deshonra, debía cesar desde aquella hora, para que él pudiese obtener los galardones de su divina misericordia y dormir en paz el sueño eterno. Lorenzo, más apegado aún á la tiranía que á la vida, más temeroso del desamor de sus hijos que del castigo de su Dios, más pronto á perder el cielo para sí que el poder para su familia, volvióse de espaldas y no contestó ni una palabra, ni una sola, ¡ay! á los solemnes conjuros del tribunal. Y Savonarola no le absolvió, y no le absolverá la historia. Poco después de esta escena, el 8 de abril del año 92 del siglo decimoquinto, murió Lorenzo de Médicis. Bien puede decirse que á la hora de su muerte estaba fundada ya la tiranía; y como fundada la tiranía, con razón anunciaba Savonarola en tremendas y apocalípticas palabras, un nuevo azote aparejado por Dios para ejemplar castigo de Italia y de Florencia.

EMILIO CASTELAR.

El Dr. D. José María Esquerdo

Entre los médicos, es una autoridad; entre los mentalistas, un apóstol; entre los pensadores, un maestro; entre los oradores, goza excepcional reputación; para los republicanos, es una realidad halagadora si ayer fué grata esperanza. Redentor de locos, amparador de imbeciles, aplicó, tiempo hace, á la política, sus métodos científicos de investigación, análisis y curación. De cultura vastísima, de verbosidad genial, de clarísimo entendimiento, llegó á donde quiso y no quiso jamás llegar más allá de donde consideró prudente. Ha revolucionado la medicina legal; por él, por sus enseñanzas, por sus doctrinas, han salvado su vida muchos condenados á muerte. Para el doctor Esquerdo, la humanidad es un caso, y le declina médicamente

sin descanso hasta lograr la resultante de la verdad y de la justicia. En todo criminal, ha visto, estudiado y demostrado la existencia de una impulsión superior al medio personal y consciente del individuo. Un ejemplo: el *Sacamantecas* famoso, agarrado en Vitoria en 1877 ó 78. Condenado á muerte, nadie osó en favor suyo levantar la voz ni formular ningún argumento. Solo el doctor Esquerdo, que probó valientemente que el asesino era «imbécil con locura genésica impulsiva.»

El doctor Esquerdo nació en Villajoyosa allá por los años del 40 al 42. Gastó su patrimonio en bien de la ciencia y de los alienados, fundando su célebre manicomio de Carabanchel, del cual ha sacado luego pingües rendimientos que le han permitido dedicarse con desahogo á los trabajos políticos.

Concejal por Madrid, sus campañas por la moralidad administrativa dejaron en la opinión grata memoria contribuyendo en mucha parte á la caída de D. Alberto Bosch.

En aquella sesión memorable en que el señor Bosch mandó á los guardias municipales desalojar el salón de sesiones, pues de otro modo no podía dominar á los republicanos, un guardia se acercó al doctor Esquerdo intentando detenerle:

—Hijo del pueblo, clamó el fogoso concejal, pon la mano sobre uno de tus elegidos.

Con cuyo apóstrofe el guardia se contuvo, desobedeciendo las órdenes que tenía; perdiendo, á consecuencia de esto, su destino; bien es verdad que el doctor Esquerdo le recompensó colocándole en su casa.

No hace muchas noches, en un meeting, habló el Sr. Pedregal diciendo que era necesario luchar en los comicios, porque las circunstancias favorables para un golpe de mano no se presentan sino rara vez y hay que tener paciencia hasta que Dios quiera.

El doctor Esquerdo hizo uso de la palabra.

—Queridos compañeros, dijo: Mi amigo y correligionario os ha hablado de lucha electoral y yo también quiero hablaros de lo mismo; pero ha confiado en Dios luego para lo otro, y yo voy á ser más claro en este punto.

Os referiré para ello un cuento.—Un día, añadió, preguntó el profesor de un colegio á uno de los discípulos: ¿Quién hizo el mundo? Y el discípulo contestó: —Dios.

—Bien, replicó el profesor. Y dime, añadió: ¿qué te parece á tí? ¿Marcha bien esa obra de Dios que se llama mundo?

El discípulo contestó entonces, después de vacilar un poco:—Señor profesor. El mundo marcha no muy bien. Hay necesidad de echarle unas visagras.

Al llegar aquí el doctor, los aplausos de la muchedumbre atronaron el espacio.

Y el doctor continuó:—Dios ya hizo lo que á él incumbía, lo de las visagras es cuenta de nosotros...

Su oratoria fogosa, pintoresca, persuasiva, seduce y fascina. Convence poco, en el terreno político, pero se lleva de calle al auditorio. Si en la oposición ha dado juego, en las Cortes será un enemigo de cuidado.

En el meeting fusionista celebrado en Madrid la víspera de las elecciones, decía el Sr. Figueroa.

—¿Qué podemos esperar de una candidatura á cuyo frente hay un médico de locos?

Los electores madrileños han respon-

dido á esta pregunta demostrando que, precisamente, lo que se necesita en estos momentos es un alienista.

Tal locura preside la marcha de los negocios públicos, que no está demás la presencia del doctor Esquerdo en la Cámara popular.

LA SEMANA Nacional

El ministro de los Estados Unidos y el almirante Luce han visitado al señor Castelar en su casa, el primero, como recién llegado, con el natural deseo de tratarlo, y el segundo, para despedirse de él, pues salió para Italia, desde donde volverá pronto á su patria. Iban acompañados de sus respectivas señoras é hijas, que recorrieron la casa y la biblioteca con grande minuciosidad, acompañadas por el Sr. Castelar, y deteniéndose mucho en la colección de cartas escritas al tribuno por los primeros hombres del siglo: Thiers, Gladstone, Víctor Hugo, Lamartine, Dumas, Garibaldi, Lincoln, Mazzini, Renan y tantos otros.

Coincidió esta visita con una carta del presidente de la Exposición de Chicago, Mr. Palmer, anunciando el envío de los talones que deben servir al señor Castelar y á los compañeros invitados por éste, desde Madrid á Nueva York.

Las ilustres familias americanas insistieron mucho en aconsejar al orador este viaje, y le anunciaron la recepción que tendrá en los Estados Unidos, donde todos conocen sus obras y sus discursos. El Sr. Castelar se excusó, asegurando no pensaba en el viaje, pues sus ojos estaban fijos en otro proyecto: en consagrar sus últimos días á escribir la historia de su patria. Después obsequió con un té á sus favorecedores y les regaló ejemplares de la *Historia del descubrimiento de América* con su firma, que todos deseaban poseer.

De *El Noticiero Balear* de Palma:

«Parece que una empresa trata de instalar el alumbrado eléctrico en esta ciudad. Hemos visto á una comisión recorriendo las tiendas, comercios y casas particulares é invitan á sus propietarios á suscribirse, ofreciendo que el alumbrado será más barato que el de gas. Allá veremos.»

Junto al Fuerte Pío y en un taller de sillas de hierro de los Sres. Armenteras, de la calle de Ausias-March, en el término de San Martín de Provensals, al caer de la tarde del 13 una terrible explosión sembró el espanto entre los de la casa y entre los vecinos, que no se dieron cuenta de momento de lo ocurrido.

Una bomba de dinamita acababa de estallar, causando la muerte al obrero del mismo taller, Francisco Momo, quien según el resultado de las averiguaciones judiciales, fué el que la colocó, explotándole entre sus manos al atornillarla.

Fueron inmediatamente detenidos varios individuos, á quienes se cree cómplices.

El interfecto era conocido por sus ideas anarquistas.

Ha llegado á las Palmas de las islas Canarias un vapor inglés procedente del Cabo de Buena Esperanza, conduciendo á su bordo la tripulación del ber-

gantín italiano «Italia», que se incendió en alta mar, consiguiendo salvarse sus tripulantes.

Según telegramas recibidos por la Compañía Trasatlántica, el vapor-correo «Montevideo» salió de Puerto Rico el día 13 de marzo, siguiendo sin novedad su viaje en dirección á la Habana, y el vapor-correo «Antonio Lopez» llegó á Cádiz el 14, procedente de la Habana y también sin novedad.

Una compañía naviera de Ibiza ha adquirido el vapor «Correo de Cartagena», que efectuará viajes periódicos entre aquella isla y Barcelona, tocando en Alicante y en algún otro puerto.

Con motivo de la supresión de la capitania general de Burgos, se organizó el día 12 una manifestación que recorrió las calles de la población en actitud pacífica. En ella tomaron parte el Ayuntamiento, varios ex-senadores, ex-diputados, diputados electos, Diputación provincial y personas caracterizadas de aquella capital.

Los manifestantes acordaron enviar una comisión que gestione acerca del gobierno para que no se suprima la capitania general, cuya comisión salió el día 13 para Madrid, repitiéndose á su partida la manifestación en la estación del ferro-carril.

De dicha comisión forman parte el Alcalde de Burgos Sr. Rozas y los señores Alonso Martínez y Martínez del Campo.

Se ha presentado en Sena (Huesca) una manada de lobos que ocasiona daños de consideración en los ganados, habiéndose procedido á la distribución de carne envenenada por los montes, con objeto de que desaparezcan.

Local

Han quedado terminadas, ó están para serlo, las obras de restauración de la fachada de la iglesia de Nuestra señora del Carmen, y una vez más hay que lamentar el poco interés que hay en mejorar la visualidad exterior de nuestros templos. Los principales de éstos, no puede decirse que tengan fachada, pues ni puede darse este nombre á la mezcla de cosas raras que ostenta la de San Francisco, ni á la lateral, que resulta principal, de Santa María, que mira á la plaza de la Constitución, ni tampoco á la iniciada, pero lejana de verse terminada, del Carmen.

La arquitectura religiosa católica se diferencia de otras en que tiene orgullo especial de ostentar al exterior gallardas muestras de su pujanza y por lo tanto es más de lamentar que entre las muchas suscripciones para hacer obras de mejora en las iglesias se abren en Mahón, no haya alguna que tienda á embellecer de verdad el exterior de nuestros principales templos, con lo cual, al mismo tiempo que se tendería al esplendor de la religión, se prestaría un señalado servicio á una población como la nuestra, huérfana de toda construcción notable.

En la sesión última del Ayuntamiento se presentaron varias proposiciones respecto del procedimiento que corresponde adoptar en el expediente sobre aumento del cupo de consumos, y después de detenida discusión, se acordó por mayoría de votos requerir á los herede-

ros del ex-arrendatario del impuesto D. Gabriel Alzamora, para que dentro el término de diez días ingresen en la Caja municipal la suma de 61.215'83 pesetas á que asciende el aumento, previniendo además á dichos herederos que de no verificar el ingreso, se procederá contra ellos por la vía de apremio, sin perjuicio de los recursos que interpongan ó tengan pendientes contra el acuerdo de la Corporación que les hizo responsables del repetido aumento de cupo.

El Ayuntamiento se ha fundado en que según la Ley municipal, son inmediatamente ejecutivos los acuerdos tomados en asuntos de la competencia de las Corporaciones municipales, salvo los recursos que determinan las leyes. Antes no podía ejecutarse el acuerdo porque cuando se tomó no había terminado el arriendo del Sr. Alzamora, y porque cuando este terminó existía en contra de la resolución del Ayuntamiento, la del Delegado de Hacienda de la provincia. Dejada sin efecto la resolución del Delegado, queda el acuerdo en pié, y por lo tanto nos parece que el Ayuntamiento ha obrado cuerdamente intentando la ejecución.

Si en estas circunstancias supeditásemos todos á los intereses del municipio, toda otra mira ó afección personal, é influyese cada cual en su esfera para que las autoridades superiores, conveniéndose del derecho que asiste al Ayuntamiento, no pusieran obstáculo á la ejecución del acuerdo, podría la Corporación atender á las muy justificadas quejas de los acreedores que siempre ven exhausta la caja municipal.

Se dirá que si en definitiva perdemos la cuestión se tendrán que restituir las sesenta y un mil y pico de pesetas á los herederos del Sr. Alzamora, lo cual obligará á girar un reparto. Pero de to-

das maneras, si el Ayuntamiento no cuenta con dicha cantidad ¿puede evitarse el reparto para pagar deudas legítimas?

Entendemos, pues, que cumplirán con su deber como mahoneses, cuantos interpongan su influencia en pro del acuerdo últimamente tomado por el Ayuntamiento.

¿Lo harán así los que hoy tienen vara alta en los centros ministeriales?

Por los hechos juzgaremos.

Con bastante concurrencia, tuvo lugar el domingo en el teatro «Circo Colón» el baile anunciado, en uno de cuyos intermedios el aficionado Sr. Real ejecutó varias suertes de prestidigitación que resultaron lucidas, valiéndole justos aplausos.

Según oímos, en breve se dará en aquel hermoso teatro un espectáculo de magia negra, que indudablemente llamará la atención.

El siguiente suelto pertenece á *El Liberal* del miércoles:

«Entre la mayoría de las señoras concurrentes á la Iglesia de Santa María ha sido muy bien recibida la disposición del Sr. Obispo aboliendo el privilegio de que gozaban los que pagando un tanto al año tenían siempre una silla disponible en el sitio y á la hora que creían mas conveniente, ocupando de este modo los mejores puestos del templo.

Creemos que en la Casa del Señor no deben existir tales distinciones, y por consiguiente ha obrado muy cuerdamente nuestro prelado haciéndolas desaparecer».

Va en justificado aumento la alarma de nuestra población agrícola, en vista de la persistente sequía que agosta toda la isla. Los habares y otros sembra-

dos, así como los pastos, presentan un estado lastimoso, y si bien el trigo se mantiene todavía lozano, no tardará en resentirse de la falta de agua.

Se ha confirmado la existencia de un caso de viruela en Villacarlos. Como es enfermedad que aquí en otras ocasiones ha causado estragos por haber adquirido carácter epidémico, no dudamos de que las autoridades y corporaciones que deben velar por la salud pública, adoptarán cuantas medidas preventivas aconseja la ciencia.

En el casino «El Isleño» pusieron el domingo en escena, ante regular concurrencia, las obras anunciadas en nuestro número anterior.

Siendo ya conocidas las dotes de cada uno de los aficionados que forman dicha compañía, escusamos decir que el desempeño fué bueno.

El baile animado hasta las doce poco más ó menos.

Los vecinos de la calle del Castillo siguen dando el ejemplo, digno de aplauso, de costear el empedrado del arroyo. Terminados los trozos comprendidos entre la plaza del Príncipe y la calle de la Plana, los propietarios D. Agustín Mar-

qués y D. Juan Taltavull Briones, han ofrecido al Ayuntamiento prolongar la mejora hasta la calle de San Juan, oferta que de plano ha aceptado la corporación.

Por la Delegación de Hacienda se ha prorogado hasta el día 31 del actual el plazo para adquirir sin recargo las cédulas personales.

Hoy debe tener lugar en Palma la elección de senadores, siendo los candidatos que se presentan los Sres. Ripoll, Servera y Salas.

El baile dado el domingo en el casino «El Consey» se vió bastante animado, contribuyendo á ello el ser aquél de piñata.

Funciones teatrales y bailes para hoy

Isleño.—La preciosa comedia en tres actos *La nave sin piloto*. Baile de Sociedad.

Consey.—Baile de Sociedad.

Circo Colón.—Baile y varias suertes de prestidigitación en uno de los intermedios por el aficionado Sr. Real.

Observaciones meteorológicas durante la semana.

Días	Barómetro á 0° en milims.		TEMPERATURA				Humedad relativa		Lluvia en 24 horas	VIENTOS		Agua evaporada en 24 horas	
	9 m.	3 t.	Máxima Sol	Mínima Sombra	Sombra	Irradiación	9 m.	3 t.		Dircción	Velocidad en 24 h. Km.		
12	763.06	762.24	22.3	14.9	8.2	7.0	77	83	»	EEE	EE	239	2.0
13	759.33	758.80	23.0	17.9	12.8	12.0	96	73	»	EE	EEE	135	1.3
14	758.02	757.60	24.1	18.4	11.8	10.0	84	81	»	E	OSO	223	1.2
15	761.59	760.71	26.3	17.0	11.2	10.0	91	84	»	NE	EEE	95	2.3
16	761.19	760.00	24.5	14.8	10.5	8.8	93	86	»	E	E	133	1.5
17	759.54	758.73	20.3	13.8	11.8	11.0	96	92	»	NE	E	299	4.1
18	760.88	760.11	21.5	14.3	11.3	10.3	74	76	»	NE	NE	»	»

Mauricio Hernandez.

fallo de la justicia humana, siempre mejor fundado que la veleidosa opinión del público.

En el transcurso del proceso de que vamos á ocuparnos salió á luz, como es de suponer, toda la historia de la acusada. Nos ha parecido natural empezar por explicar quien era ésta, como preliminar del encadenamiento de los hechos que se supone dieron lugar á que envenenara á su marido Carlos Lafarge, de quien hablaremos después. De este modo, cuando lleguemos á tratar del proceso, podremos desembarazar la explicación de los detalles que ya conocerá el lector, con lo cual se destacará más el carácter casi exclusivamente científico que se dió á aquél, notándose la decisiva intervención del doctor Orfila en el mismo.

María Cappelle, después señora de Lafarge, nació en la quinta de Villers-Hellon, en Picardía, en el año 1816. Su padre había sido oficial de la guardia de Napoleón, y entonces era teniente coronel de artillería. Sus cargos de director del depósito de Mezieres primero, y de jefe de artillería en Donai y en Strasburgo le obligaron á estar separado á veces de su familia, pero, en sus primeros años María estuvo en la tranquila morada de Villers-Hellon.

Las más distinguidas familias de la comarca se relacionaban con la de Cappelle, de manera que por la preciosa quinta desfilaban, frecuentándola con sus visitas, damas lijadas y hombres que desempeñaban ó habían desempeñado papeles muy importantes en Francia. Formóse así el múltiple carácter de María, en el que, por una parte, aparecía el obligado ídolo de los criados antiguos de la casa, que tenían orden terminante de no contrariar en nada ni por nada á la joven señorita; y por otra se iba formando el tipo indómito y original de una niña que pasaba con frecuencia de los brazos del aya que la mimaba, á los de los soldados, que no la mimaban menos como hija de su jefe, pero, á su modo, es decir, haciendo que disparase los cañones con cuyo estruendo se familiarizaba, y montándola á horcajadas sobre briosos ca-

aprovechamiento. ¡Ojalá hubiese tenido yo un Mecenas q^o me hubiese dirigido así! Desearia consultase V. este mi aviso, no con sujetos tan asnos como los mismos frailes, pero si con algun sujeto q^o en alguna academia esté reconocido por hombre de mérito.

Notificaré á V. como D. J. Viteri comerciante americano (de Lima) q^o vive en mi casa ha tenido una enfermedad de bastante cuidado, y por fuerza ha querido que yo lo curase á la verdad no queria tomar semejante empresa pero viendo q^o el lo queria así lo emprehendi, y tengo la satisfacción de verlo paseandose por las calles de Barña. q^o no sabe como darme las gracias. Dios quiera sean todos como este primero los que tendré á mi cargo. Diciembre 28 de 1806.

Su hijo y D^o

M. ORFILA.

El Mudo

En asuntos de guerra—dijo Carlos—no hay que hablar mal de los campesinos.

—Lo mismo creo—contestó Pedro Nevot, sin abandonar la chimenea, á cuyo lado estaba.—No hace mucho tiempo que tuve ocasión de convencerme de que, durante el año terrible, hubo corazones franceses que latieron lo mismo bajo la blusa que bajo el uniforme.

Los ocho ó diez circunstantes formaron corro alrededor de Pedro Nevot, y uno de ellos exclamó:

—¿Una historia? Cuéntela usted.

—Héla aquí—contestó Pedro:

«Estaba yo el año pasado en los Vosgos, en casa del médico Dubreil, antiguo compañero mío de colegio, y cierto día, después de comer, salimos de paseo, cuando de pronto oímos ruido de pasos desde el umbral.

—¡Calla!—dijo Dubreil—¡el cartero! Espérame un instante, porque tengo que darle una carta.

Y volvió á entrar en la casa. Miré al recién llegado, el cual inclinó ligeramente la cabeza para saludarme.

Entonces me acerqué á él y le dije:

—¿Está usted muy cansado?

El cartero se sonrió, llevóse dos dedos á la boca y agitó la cabeza.

Esta vez lo comprendí todo.

—¿Es usted mudo?—le pregunté.

En aquel momento volvió Dubreil con su carta en la mano. Como había oído mi pregunta, me contestó:

—Sí, el pobre Juan Barrot es mudo. Pero eso no le impide prestar muy buenos servicios, porque sabe leer y escribir y oye todo cuanto se dice.

—Pero no es mudo de nacimiento, puesto que no es sordo.

El cartero se sonrió y alargó la mano para coger la carta que Dubreil le daba.

—Ya sé—repuso el médico, dirigiéndose á Juan—que no te agrada oír contar tu historia. Anda con Dios y no te detengas por mí.

El cartero saludó nuevamente y se alejó á toda prisa.

Entonces Dubreil se asió de mi brazo,

y he aquí la historia que me refirió durante nuestro paseo:

—Juan Barrot—me dijo—tenía quince años cuando la guerra, y vivía en una casucha aislada, con su padre y un hermano mayor llamado Luis.

Juan, demasiado joven para batirse, había permanecido al lado del autor de sus días, mientras Luis se batía por la patria.

Como conocedor del país, se consagró á la peligrosa tarea de llevar despachos por entre las líneas alemanas, que separaban el ejército de Metz del resto de Francia.

Los prusianos tuvieron una confianza acerca del caso y resolvieron capturar á Luis, el cual, según conjeturas, debía visitar á su padre durante sus excursiones.

Y el hecho ocurrió tal como lo habían imaginado.

Una noche, mientras Luis hablaba con su padre en la cocina, que estaba á oscuras, oyéronse pasos en el exterior, y el ruido de terribles culatazos en la puerta.

Padre é hijo se estrecharon las manos en silencio, considerándose perdidos.

De pronto, Luis llamó á su hermano en voz baja.

—Oye, Juan—le dijo—sal por el establo y corre á ocultar esto en el campo.

Al mismo tiempo le dió unos papeles que llevaba escondidos en el pecho de la camisa.

—Cogiéndolos el muchacho y salió como una centella.

En aquel instante cedió la puerta y entraron ocho soldados alemanes, revolver en mano.

Registraron á Luis; pero nada le encontraron.

—¿Dónde están los despachos que llevabas?—le preguntó el oficial que mandaba á los soldados.

—¿Qué despachos?—dijo Luis Barrot.—No sé de qué me habláis.

—¡Mientes!... Hay que registrarlo todo!...

En aquel momento se presentaron otros dos soldados, que tenían á Juan sujeto por los brazos.

Habían quedado de guardia fuera de

la casa, y vieron al muchacho, cuyas manos estaban cubiertas de tierra.

Se apoderaron de él y le presentaron al oficial, el cual le dijo:

—¿Dónde has enterrado esos papeles? El chico no contestó.

—Oye—repuso el alemán—ese es tu padre... y ese tu hermano? ¿No es verdad?

Juan respondió por medio de una señal afirmativa.

—Pues bien; si no me dices donde están los papeles, los dos serán fusilados. Si hablas, les salvaré la vida.

El niño consultó á su padre con la mirada.

—Juan—exclamó el anciano—aunque nos maten delante de ti, no hables.

Y el muchacho contestó: —Así lo haré.

—Pues, hasta mañana!—dijo el oficial con ademán colérico.

Al día siguiente, al rayar el alba, hallábanse Barrot y su hijo en la plaza del pueblo inmediato.

Los dos estaban inmóviles y pálidos, con la cabeza descubierta.

El pelotón de soldados que debía fusilarles se había situado á veinte pasos de distancia.

Detrás del cordón que formaban otras tropas, agrupábase la muchedumbre, que rugía sordamente de ira y desesperación.

Juan continuaba silencioso, sin contestar á las preguntas del oficial, quien, media hora antes le había interrogado en vano, á solas, en la alcaldía.

Después condujeron al chico á la plaza para que viera á su padre y á su hermano amenazados de muerte inmediata.

El oficial volvió á preguntarle: —¿Quieres hablar?

—¡No!—respondió el muchacho.

Hubo un minuto de horrible silencio, tras del cual el oficial dijo en su lengua: —¡Preparen!...

Y luego añadió, dirigiéndose á Juan: —¿Quieres hablar ó no?

Los labios del niño no se movieron; pero se notó en su rostro un movimiento brusco y una expresión de angustia indefinible.

Salió de su garganta un agudo grito de dolor y el pobre muchacho estuvo á punto de caer en tierra.

El oficial se acercó á él creyendo que iba á brotar la verdad de los labios del niño; pero lo que brotó fué una ola de sangre.

El oficial retrocedió presuroso, al notar que tenía sobre el pecho de su uniforme una mancha roja, y que en aquel instante caía en el suelo algo informe, extraño y del mismo color.

Juan, haciendo un supremo esfuerzo, se había cortado la lengua con sus dientes de lobo y la había arrojado á la cara de su verdugo.

—¡Euego!—gritó el oficial, loco de ira.

Oyóse una terrible descarga.

Juan cayó en tierra sin sentido, al mismo tiempo que Barrot y Luis exhalaban el último suspiro.

—Y ahí tienes la explicación—me dijo Dubreil—de por qué es mudo nuestro cartero.

JOSÉ MONTET.

POESÍAS

A UN ARBRE

Sota el teu espes brancatge

jugaba de petitó;

més gran, á la sombra teva

m' assentaba ab mon amor.

Avuy encara' sombra 'm donas

quant tot fugint del soroll

del mon, vinch á buscar aire

que 'm doni forsa als pulmons.

Demá, quant arribar vegi

de ma vida l' últim tom,

diré que baix de tas fullas,

baix ton brancatge amorós,

hi cavin la meva fossa

m' hi faxin un panteó,

ahont descansaré per sempre

de las fatigas del mon.

J. F.

Mahó 13 Mars 1893.

IMPRENTA DE B. FÁBREGUES

DESPACHO: Calle Nueva, 25

SEGUNDA PARTE

EL CRIMEN LAFARGE (1)

El tratar de dar á conocer los principales detalles del crimen y del proceso Lafarge, no podemos tender á la claridad; que debe ser el primer ideal del que describe ó explica alguna cosa. Antes al contrario, si en este controvertido hecho, adoptáramos un criterio decidido, acumulando las posibles pruebas, sacaríamos el asunto de su verdadero terreno. Se trata, efectivamente, de un crimen algo misterioso, que excitó la opinión pública, que dió lugar á ruidosos incidentes, y esto basta para probar que no era claro en demasia; de manera, que, á fin de mantenerse en límites prudentes, el lector no debe salir del estado de duda en que se colocó el público imparcial de aquella época, aunque sin dejar de aceptar, por esto, el

(1) El extracto de este célebre proceso se ha formado teniendo á la vista la colección de causas célebres publicadas bajo la dirección de don José Vicent y Caravantes; la "Gaceta de los tribunales," de Francia, y algunos periódicos de la época.